

Gatica

Enrique Medina

Galerna, Buenos Aires, 1991, 307 páginas

El *Mono* Gatica pertenece a la pequeña cofradía de mitos populistas argentinos de los años cuarenta: Evita Duarte, Alberto Castillo, Juan Manuel Fangio, Mario Boyé. Vino de abajo, triunfó rápido, intuitiva y corajudamente, cayó ante la astucia de Alfredo Prada y no pudo con el extranjero, Ike Williams. Un poco, lo mismo que ocurrió con la experiencia política del peronismo.

Embriagado de alcohol y puñetazos, Gatica terminó en la miseria de una chabola, dando exhibiciones de catch, atropellado por un autobús antes de la cuarentena.

He aquí, por tanto, un personaje a la medida de las preferencias y habilidades de Enrique Medina, quien aborda el difícil género de la biografía novelada. Sigue a Gatica en todo lo que se sabe de él a través de documentos escritos y orales, y también a través de lo que sólo un narrador conoce de sus criaturas.

El protagonista permite a Medina reconstruir algunos momentos y perfiles de la época, figuras del entorno del boxeador, gente de la política, el espectáculo, los negocios aledaños. Abundan los diálogos, donde el autor exhibe su pericia para la escucha del habla barrial porteña, así como su experiencia en el arte de traducir estas sugerencias a lenguaje literario.

Una narración ágil sintetiza, pues, la busca documental de la novela naturalista y costumbrista con la evocación de un momento argentino especialmente intenso. Gorki o Zola no hubiesen desdeñado ocuparse de este *Mono* espectacular y trágico.

El bolero. Historia de un amor

Iris M. Zavala

Alianza, Madrid, 1991, 159 páginas

Es curioso y estimulante encontrar a la historiadora portorriqueña en la minúscula maraña del bolero. Significa que no hay historia pequeña ni calle que, por suburbial, sea indigna de frecuentarse.

De oscuro y difícil origen, el bolero, quizá decimonónico y datable por 1885, sigue los avatares literarios y musicales de la canción popular: anonimato y margina-

ción, luego teatralización, impregnación literaria (en el caso: el modernismo); finalmente, industrialización.

Zavala recuerda, a cada paso, los acontecimientos de la historia «mayor» que acompañan, en las fechas, la aparición de piezas, intérpretes, autores. También diversifica las vertientes: México, Caribe, Argentina. No faltan una bibliografía y una antología de textos y fotografías, aunque la gran ausente, la música, clame en la silenciosa memoria de los lectores, que van tarareando frases musicales y encajando sílabas y versos.

Queda por hacer una sociología del bolero. No de sus andanzas por el mundo que le da lugar de origen y desarrollo, sino por el imaginario que produce, mezcla de evocaciones tardorrománticas y de elocución neomodernista. Mujeres infinitamente lejanas y hombres infinitamente enamorados, jardines eternamente crepusculares y anhelos eternamente renovados e insatisfechos. Despedidas que se convierten en la alegría de la pérdida y promesas que se tornan jubilosas de ausencia, según las paradojas del amor cortés. Todo, rodeado por una escenografía cálida y tropical, pasada por el pudor rubeniano, que ve cisnes en cualquier laguna antillana, cabochón en todos los labios y jade en las aguas de cada estanque.

El retorno del padre. Ficción, mito y teoría en psicoanálisis

Jorge Belinsky

Lumen, Barcelona, 1991, 299 páginas

El psicoanalista argentino Belinsky (Rosario, 1941), ya conocido por *El psicoanálisis y los límites de su formalización* (1985), aborda en el presente trabajo la zona más «sociológica» de la obra freudiana, releída desde alguna perspectiva lacaniana, de modo que se vean con toda la posible claridad las relaciones que guardan, en el psicoanálisis, el sujeto y la cultura. Si se quiere, el tema constante de eso que llamamos historia.

Para lograr este encuadre, Belinsky invoca la descripción y desmontaje que Lacan hace del sujeto, lo cual conduce a la constitución del propio Lacan como sujeto dentro de la historia familiar del psicoanálisis. Cuando Lacan propone volver a Freud es, quizá, porque quiere matarlo y totemizarlo como fundador de la tribu, o para constatar que ya es un tótem hecho y derecho.

El material empleado constituye el núcleo «sociológico» de la obra freudiana, sus trabajos sobre psicología de masas, su final ensayo sobre Moisés y el monoteísmo, sus reflexiones sobre tótems y tabúes, su definición psicoanalítica de la *malaise* romántica (la incomodidad o malestar de la cultura).

A través de una calbagata que supone el laberinto embrujado del freudismo, más las bibliotecas de exégetas, glosadores y herejes, Belinsky rescata lo que Freud puede seguir teniendo de crítico ante la historia y su resultado obvio, la sociedad. Al cuestionar los fundamentos correlativos de la subjetividad y la cultura, Freud logra, aunque sea en estado de prórroga, una apertura a la libertad. Su terapia de lo incurable permite desglosar los poderes del hechicero y los del hermeneuta, y liberar la palabra, que es la esclavitud y la promesa de redención, todo a la vez.

El asedio a la modernidad

Juan José Sebreli

Sudamericana, Buenos Aires, 1991, 349 páginas

En algún texto anterior (*Tercer mundo, mito burgués*) Sebreli abordó el tema de la filosofía de la historia, entendida ésta, necesariamente, como una dialéctica universal de lo humano que se despliega, contradictoria pero no indeterminada, a lo largo del tiempo. Es Hegel, cuyo providencialismo del espíritu que se formula en idea traduce Marx al mundo de las relaciones productivas concretas. En cualquier caso, tenemos una sola humanidad, que atraviesa unos períodos históricos concretos y sucesivos y, por lo tanto, una sola razón histórica que puede vincular lugares y tiempos alejados entre sí. La historia es crecimiento y evolución, en definitiva: progreso.

Estos planteamientos, tan distanciados de la actualidad académica, donde todo es proliferación, indeterminación, cambio inespecífico y horror a la historia como sistema, abre varios frentes de polémica, que ocupan la mayor parte del libro: contra la deconstrucción de la historia que viene después del estructuralismo, contra los residuos positivistas, contra el neorromanticismo historicista del tercermundismo y accesorios, contra el dogmatismo estalinista que pone la revolución soviética como meta de la modernidad en el seno de un país atrasa-

do. También critica el autor cualquier intento de explicar la historia a partir de fundamentos u orígenes, de esencias que se mantienen idénticas a sí mismas, de mundos culturales incommunicables o inmanencias colectivas convertidas en «espíritu popular» o «ser nacional». Para Sebreli el proceso histórico es uno, sucesivo, necesario, pleno y razonable o, al menos, racionalizable. Hasta el azar es sometido a leyes de inercia y reiteración.

Lo mejor del texto es, como siempre en Sebreli, el frente de batalla polémico, la lucha contra el adversario cuya crítica nos permite definirnos. Somos lo que combatimos, en último análisis. El manejo de una información compleja en extensión y en niveles disciplinarios combinados hace del libro, en otro sentido, un buen instrumento de divulgación, al confrontar pareceres y autores que, siendo opuestos, no son inconciliables, en cuanto, al menos, conciliar suponga razonar.

La prensa argentina en la encrucijada de la historia

Elena M. Rojas y Elisa Cohen de Chernovagura

Universidad de Tucumán, 1991, 332 páginas

El material empleado para esta investigación, la prensa de Buenos Aires y Tucumán a fines del siglo XIX y comienzos del XX, sitúa el interés de las autoras en torno a la «edad de oro» del desarrollo argentino, visto desde dos polos opuestos: el puerto capitalino y el corazón del interior histórico, el noroeste.

Los periódicos son leídos en dos niveles: como tesoro de documentación, en lo que podríamos denominar aproximación testimonial; y en lo que su mensaje tiene de persuasivo, retórico o, para afilar los términos, de ideológico. Los periodistas ven pasar los hechos y también intervienen en ellos. Un minucioso estudio del contexto histórico permite situar en lugar relevante el fenómeno de la inmigración, que define a la Argentina de esa época en lo demográfico y en lo cultural.

Para razonar estos extremos, las autoras recurren a una lectura de fórmulas, léxicos y figuras retóricas que caracterizan el lenguaje periodístico de aquel tiempo. A través de esta reordenación de los materiales es posible acceder a una cultura masiva donde se fijan las pautas de una conducta colectiva. Ello autoriza a examinar privilegiadamente los anuncios de publicidad, ya que des-

criben una demanda social, organizan una cultura y programan una imaginación, a partir de intentos persuasivos de atraer clientes para determinados productos.

El provecho de monografías como la presente no sólo se obtiene en el sector especializado de la historia del periodismo, sino que sirven para una historia social de la cultura y aún para un mejor entendimiento de la historia global argentina.

La novela argentina de los años ochenta

Roland Spiller (editor)

Vervuert Verlag, Frankfurt, 1991

Constreñir el desarrollo de una literatura a una década determinada entraña algunos riesgos. En la misma época producen escritores de distinta historia, de modo que la coincidencia de fechas no implica correspondencia literaria sino, a veces, todo lo contrario. Escritores residuales para el ochenta como Bioy Casares o David Viñas, típicos de la literatura del cuarenta o el cincuenta, respectivamente, se mezclan con productos novedosos (César Aira), escritores que trabajan fuera del país (Manuel Puig y Abel Posse, por distintos motivos) con otros, arraigados, y una tercera categoría de viajeros (Rabanal). Reiterar y excluir (por ejemplo: la literatura de la emigración, forzosa o menos) también son peligros que acechan a estos trabajos.

En otro orden, cabe apuntar la solvencia de los colaboradores: María Josefa Barra, Fernando Cittadini, Claudia Gilman, Jorge Dubatti, Walter Berg, Malva Filer, Osvaldo Pellettieri, Graciela Speranza, Jorge Monteleone, Leo Pollmann, Sandra Contreras, Nora Domínguez, Gabriela Fernández, María Teresa Gramuglio, Graciela Montaldo, Graciela Scheines, Noemí Ulla y Roland Spiller.

Apuntados los riesgos y aceptadas las limitaciones de la empresa, quede señalado también el aporte documental y crítico que el libro implica y su utilidad evidente. Historiar el presente es difícil de hecho e imposible, en concepto. Pero es, también, la tarea ineludible del animal histórico llamado humano.

Argentina en su literatura

Nilda Flawiá de Fernández y Eugenia Orce de Roig (editoras)
Insil, Tucumán, 1990

Sin pretensiones panorámicas ni de tesis, esta miscelánea acumula una serie de estudios monográficos sobre escritores argentinos puntuales que vienen produciendo en las últimas décadas, más alguna relectura de clásicos como Sarmiento. Desfilan, así, Marco Denevi, Juan B. Terán, Héctor Tizón, Rodolfo Rabanal, Marcos Aguinis, las escritoras del noroeste, Juan José Saer, Leopoldo Marechal y Julio Ardiles Gray. Como se ve, un amplio panorama donde se subraya el aporte de los escritores no porteños, para equilibrar los desniveles históricos argentinos.

Los autores de las monografías son especialistas en la materia: Emilio Carilla, Leonor Fleming, María Rosa Lojo, Amadeo López, Liliana Barrionuevo, Clara Murga, María Suayter, María del Carmen Tacconi, Herminia Terrón, Irene Goldman y las propias editoras.

Soy Roca

Félix Luna

Sudamericana, Buenos Aires, 1991, 499 páginas

Félix Luna, un historiador de pulso periodístico que ha conocido los halagos y compromisos del *best seller* (*El 45*, biografías de Yrigoyen y de Roberto Ortiz, dos presidentes argentinos), logro con el presente libro concitar el interés del público lector en torno a un género cuyo predicamento compensa el débil trámite de la novela actual: la biografía, notoriamente la biografía novelada. Entre noviembre de 1989 y julio de 1991 había consumido trece ediciones. Y ello, en un mercado de baja intensidad, como lo es el argentino actual.

Para contar la vida del general Julio Roca, Luna se vale del relato en primera persona. La figura de este personaje es la bisagra que une las dos Argentinas: la arcaica de las guerras civiles y la moderna, con el proceso de desarrollo habido a partir de 1870 y del cual es protagonista Roca, dos veces Presidente de la República, organizador del conservatismo modernista (el Partido Autonomista Nacional) y del Ejército profesional.

Luna imagina a un Roca anciano, que hace un balance idealizado, armonioso y carente de contradicciones dramáticas. Un hombre que va a entregar su biografía a la posteridad como quien financia un monumento. Esto lo habilita a ser indulgente con los otros y consigo mismo, a difuminar los horrores de la guerra y a dibujar